

ESTRATEGIAS DE COMUNICACIÓN SOBRE PAZ, SEGURIDAD Y DEFENSA: LA CULTURA DE DEFENSA

Ponencia presentada por Prof. Dr. Juan Luis Manfredi Mayoral, Universidad de Sevilla,
vicepresidente de FISEC

Comencemos diciendo que hablar conjuntamente de paz, seguridad y defensa es ya un signo de cambio de mentalidad, en la medida en que en los conceptos que queremos abordar en otros tiempos y circunstancias se llamaban de otra manera. No había Ministerios de Defensa, sino de la Guerra o del Ejército o la Marina, pero tampoco había Ministerios de Asuntos Exteriores y/o Cooperación, sino de Colonias, de Ultramar o de Relaciones Exteriores. No se trata sólo de un cambio en las palabras o en sus significados, sino una expresión de la voluntad de abordar los mismos problemas de siempre con otra perspectiva.

Esos problemas de siempre son la guerra, el hambre, las epidemias, las increíbles –por miserables- condiciones de vida de millones de personas, la esclavitud, la explotación de muchos por unos pocos, ... Un catálogo de horrores que nos viene desde los albores de la Humanidad y al que el progreso científico, económico, político y social no ha conseguido poner fin en prácticamente ningún lugar de la Tierra.

Tenemos la fortuna de vivir en una porción del planeta en la que muchos de esos horrores han sido minimizados e incluso erradicados erradicados ... o así lo parece. Vivimos en lo que desde fuera se llama genéricamente Occidente, un grupo de países sometidos al imperio de la ley, sin guerras en su territorio, comprometidos con la lucha contra las desigualdades sociales, que hemos alcanzado el sueño de la sanidad y la educación para todos, que hemos logrado una notable redistribución de la riqueza, etc... Este Occidente no es igual en Estados Unidos que en Europa, en Australia que en Japón, pero sin duda ofrece un perfil que, pese a sus imperfecciones, desde otros lugares del mundo puede parecer deseable, incluso envidiable. O terriblemente odioso, pues para muchos habitantes de nuestro planeta Occidente es el resultado de un proceso histórico en el que ellos han sido los explotados y nosotros los beneficiados.

Esto no es completamente cierto, pero tampoco completamente falso. Vale la pena detenerse a pensar no sólo en cómo hemos llegado a esta situación, sino sobre todo en por qué se percibe de manera tan contrapuesta en según qué parte del mundo estemos. Vale la pena porque muchos de los conflictos actuales tienen que ver con esa mezcla de recelo, envidia, temor, animadversión y respeto que Occidente suscita fuera de sus territorios.

Uno de los problemas más graves de este siglo que comienza es el terrorismo, que no es el de otros tiempos. En el siglo XIX, el terrorismo tenía raíces sobre todo anarquistas y quería destrozarse -literalmente- el poder de unos pocos para que lo ejerciera el pueblo. A principios del siglo XX, el terrorismo fue adoptado por quienes querían cambiar no sólo la sociedad de su país, sino del mundo, y a mediados del mismo siglo por algunos movimientos anticoloniales. En los comienzos del siglo actual, las estrategias y tácticas del terrorismo se utilizan para apoyar reivindicaciones socioculturales con argumentos que se apoyan en la versión fundamentalista de algunas religiones.

Este terrorismo, el de nuestros días, utiliza como herramientas no sólo la muerte o la destrucción, sino sobre todo la comunicación, que sirve para que se comprendan e

incluso se secunden sus argumentos y, por consiguiente, se conviertan en verdugos los que acaban de ser las víctimas.

Esa comunicación sigue las reglas de un manual de propaganda (simplificación, exageración, deformación) y es de una eficacia abrumadora, tanto entre sus destinatarios naturales (los oprimidos) como entre un cada vez mayor número de opresores. Ni unos ni otros analizan los mensajes y se convierten en simples receptores pasivos, manejables y dóciles.

Muchos de los medios de comunicación social de Occidente están entre los receptores pasivos, quiero creer que en muchos de los casos no de forma consciente, sino como resultado de una visión crítica del propio Occidente que les hace resaltar más los errores que los logros. Por ejemplo, no hace mucho, medios de referencia en algunos países europeos hacían a Vladimir Putin mucho más responsable de la masacre en una escuela de Osetia del Norte que a quienes habían decidido que asaltar una escuela y matar a niños por la espalda era una forma útil y válida de llamar la atención internacional sobre sus problemas, que por cierto son más que reales. Rusia no es precisamente Occidente, pero nos sirve de ejemplo para entender que la comunicación juega un papel decisivo a la hora de hablar de paz, seguridad y defensa, conceptos que hasta ahora sólo han manejado a su conveniencia quienes los entienden de manera diferente a la nuestra.

Pero, ¿cuál es la nuestra?. ¿Acaso hay una definición unánimemente aceptada en Occidente sobre lo que significan esas palabras?. Ni mucho menos, quizás porque precisamente uno de los valores de Occidente es la diversidad de pensamiento, en éste y en cualquier tema. También, desde luego, porque hay al menos dos aproximaciones a los conceptos de paz, seguridad y defensa que son no ya iguales, sino incluso divergentes. Me refiero a los de la Unión Europea y los Estados Unidos, basados cada uno en sus propias experiencias históricas y tradiciones políticas.

En Estados Unidos, la libertad está ligada a la autonomía, personal y colectiva: una persona es libre si no depende de nadie ni es vulnerable a manos de otro gracias sobre todo al poder económico y a la fuerza propia. Ese paradigma de la libertad personal se extrapoló a la libertad colectiva del país casi desde el primer año de su vida independiente y está en la médula de su pensamiento político, tanto demócrata como republicano. Para la Unión Europea, por el contrario, la libertad tiene que ver con la interdependencia: cuantos más lazos tenga con los otros más difícil será que entre en conflicto con ellos porque nadie gana y todos perdemos.

Paz, seguridad y defensa son, así, conceptos que no tienen el mismo significado a uno y otro lado del Atlántico, por no hablar del Pacífico, donde las posiciones de Estados Unidos, Japón, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda no son precisamente coincidentes. Y, sin embargo, hay unanimidad en la defensa de esos conceptos en la medida en que todo Occidente percibe claramente que están en peligro, sea cual sea el matiz con el que se los considere.

Otra cosa es que haya unanimidad en la forma de hacerle frente a las amenazas. No hay tal, desde luego: Estados Unidos está en la dialéctica de la guerra preventiva y la Unión Europea en la del diálogo y la cooperación, aunque esta afirmación categórica es exagerada, si no errónea. Tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea hay opiniones divergentes con estas dos supuestas tendencias predominantes y el resultado de la polémica es intelectualmente enriquecedor para ambas partes...pero políticamente confuso. Más aún, cuando la opinión pública (que sólo existe como tal en Occidente) no

coincide con la de sus Gobiernos y provoca crisis que pueden llegar hasta el relevo de sus dirigentes políticos.

Desde fuera, y más si ese “fuera” es hostil, las diferencias se perciben como debilidad del sistema occidental de valores y se actúa en consecuencia, muy particularmente en el ámbito de la comunicación, que es el terreno en el que nos movemos. Por alguna razón, no hemos sido capaces de transmitir nuestro código de valores y en cambio hemos sido receptivos con los de los demás.

Ese código de valores (imperio de la Ley, separación de Iglesia y Estado, libertad de culto, pensamiento e información, redistribución de la riqueza por vía fiscal, sanidad y educación pública para todos, igualdad de los ciudadanos ante la Justicia, elecciones libres, etc.) está en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y debería ser apreciada en todo el mundo, pero no es así. Hay millones de personas que no creen que eso sea lo mejor para ellos y que su solo enunciado es una ofensa a sus creencias y su modo de vida. Han llegado a esa conclusión a la vista de nuestros errores y horrores (esclavitud, colonialismo, doble rasero en la aplicación de las normas internacionales de convivencia), debidamente simplificados y exagerados por mecanismos de comunicación que se han revelado de gran eficacia. En todo caso, más eficaces que los de Occidente, por más que tengamos muchos más recursos.

Quizás ha llegado el momento de replantearse en Occidente la comunicación sobre la paz, seguridad y defensa, tanto en nuestro propio ámbito como en el ajeno.

Aquí, en la Unión Europea, estos tres conceptos deben ser mejor explicados a la ciudadanía, que por cierto no es uniforme, sino plural, multicultural. No es lo mismo la paz para un polaco que para un alemán, para un español que para un británico, para un griego que para un letón, porque la paz no es sólo la ausencia de guerra, sino una situación que permite el desarrollo de las libertades públicas sin amenazas internas ni externas y ello tiene que ver con la mejora y en su día la eliminación de los recelos heredados de una historia de conflictos y guerras sobre los que ha construido, se está construyendo, el sueño de la Europa unida. La guerra de Yugoslavia nos recordó no hace mucho que el peligro de la fractura no ha desaparecido del todo y que hay que estar vigilantes para evitarlo.

No hay paz sin seguridad, entendida ésta como la ausencia de amenazas que pongan en peligro al sistema mismo. La seguridad tiene un precio, no sólo en términos económicos, que también, sino sobre todo en libertades colectivas y personales. El precio puede ser tan alto que ponga en peligro al propio sistema de valores, como ocurre con la Patriot Act promulgada por el presidente George W. Bush.

En cuanto a la defensa, hoy día se concibe como una prestación más del Estado del bienestar y no como una responsabilidad compartida por gobernantes y ciudadanos. Debe realizarse con el mínimo de recursos, pero si la necesidad aprieta porque fallan la diplomacia, el diálogo y la cooperación, se recurre a quien sea menos reticente en el uso de la fuerza, como los Estados Unidos, a los que además se puede acusar de obsesos en el uso de la fuerza militar como método de resolución de conflictos sin que ello merme su calidad como aliado.

Estas son las formas políticamente correctas de abordar estos asuntos en la Unión Europea, aunque hay, naturalmente, matices según quien y donde gobierne. Para conseguir la aceptación de estas acepciones de Paz, Seguridad y Defensa por la ciudadanía, Gobiernos europeos de todo color han desarrollado durante años estrategias de comunicación orientadas a convertir lo políticamente correcto en lo socialmente

aceptado, con tanto éxito que ha habido casos en que los ciudadanos han llegado a creer que era su Gobierno el que había hecho propios sus deseos y no al contrario.

En esta carrera, la estrategia de comunicación ha pasado por varias etapas: desmontaje del concepto igualitario napoleónico del Ejército como el pueblo en armas y conversión en ideal el Ejército profesional, formado por “funcionarios” que no se diferencian de los de Hacienda, Sanidad o Educación más que en sus herramientas de trabajo; desdramatización de la guerra, que desde ahora se llama conflicto armado y que se gradúa en función de la lejanía de nuestros intereses; desdibujamiento de las funciones de los Ejércitos, que existen no tanto para defender el territorio y los intereses propios como para facilitar la acción humanitaria y de cooperación; elevación a los altares de la cooperación económica (que en ningún país de la Unión Europea llega al uno por ciento del presupuesto) como clave para evitar o paliar conflictos y construcción del dogma de que “dos no se pelean si no quiere”, y ese uno somos nosotros. Hay que decir que esta estrategia de comunicación ha funcionado y que en ningún lugar del mundo los ciudadanos tienen más claro lo que se entiende por Paz, Seguridad y Defensa... al modo europeo. El éxito de estas estrategias de comunicación tiene mucho que ver con nuestra propia historia reciente. Los europeos estamos hartos de guerras, nos ha ido bien confiando la defensa de nuestros valores a un sistema de alianzas internas (Unión Europea) y Externas (Alianza Atlántica), hemos consolidado el Estado de bienestar, hemos blindado nuestras fronteras con el acuerdo de Schengen, hemos abandonado la idea de imponer nuestros criterios o defender nuestros intereses por las armas y disfrutamos de los resultados de una expansión económica sin precedentes como resultado de una exitosa política comercial dentro y fuera de las fronteras comunitarias. Europa es un éxito que no corre peligro, sobre todo si no interviene en conflictos ajenos ni provoca a nadie.

Este ideal sólo plantea un problema: que hay objetivos que no se alcanzan sólo con desearlos. Por ejemplo, la Unión Europea, en aplicación de su doctrina de no intervención militar, sino humanitaria, y siempre como resultado de un acuerdo de las Naciones Unidas, quiso evitar la guerra civil en Burundi. No pudo, como tampoco puede ahora hacer nada en Sudán, donde también ha fallado el diálogo, la diplomacia ya no tiene sitio y el genocidio está en marcha. Estaría bien poder enviar a quien por lo menos separe a los agresores de los agredidos. Ese trabajo podrían hacerlo fuerzas de uno o varios países europeos, pero ninguno tiene aviones capaces de transportar rápidamente tropas a esa distancia. No los tiene porque en su momento se pensó que, como no era deseable, nunca sería necesario intervenir fuera de Europa. No los tiene, además, porque no es políticamente correcto defender presupuestos de Defensa que impliquen grandes gastos y plazos largos y, en consecuencia, los proyectos al respecto nunca vieron la luz.

La guerra de los Balcanes fue un sobresalto para todos. En pleno siglo XX, en el corazón de Europa, volvían a ser posibles los campos de concentración y el genocidio, que no acabaron por vía diplomática, sino tras la intervención armada de la OTAN, a base sobre todo de recursos de los Estados Unidos, que por tercera vez en ochenta años intervenían en el Viejo Continente para restablecer la paz y la democracia.

Se abrió entonces un nuevo debate sobre Paz, Seguridad y Defensa, revisando los conceptos con menos optimismo. No era deseable, pero tampoco evitable, que hubiera que intervenir en algún lugar de Europa para restablecer un sistema que no queremos perder. Tampoco era deseable, pero tampoco evitable, tener que actuar fuera de nuestras fronteras no sólo para defender nuestros intereses sino para evitar conflictos locales que

desestabilizaran regiones o países que nos conviene estables. A la luz de lo ocurrido dentro y fuera de Europa en los 90 del siglo pasado, Paz, Seguridad y Defensa son conceptos que deben ser reformulados porque la realidad internacional dista de ser idílica y Europa, primera potencia económica mundial, no puede estar por más tiempo negando la evidencia de que hay que actuar si desea mantener su nivel y calidad de vida.

La cuestión es cómo hacerlo. La opinión pública, un poder real, que los parlamentarios y gobernantes no pueden ignorar, tiene ya muy arraigada la idea de que cuanto menos se gaste en armas, mejor se vive. Hay guerras porque hay Ejércitos, se dice, como si hubiera incendios porque hay bomberos. Parlamentarios y gobernantes saben que las cosas no son tan sencillas, pero que para hacer lo que demanda el sentido común y el instinto de supervivencia hay que convencer primero a la opinión pública.

La crisis de Oriente Medio y las guerras de Afganistán e Irak son el escenario sobre el que la Unión Europea está reconsiderando sus conceptos de Paz, Seguridad y Defensa. Es el peor escenario imaginable, porque Estados Unidos está imponiendo su versión de la resolución de crisis por la vía de la fuerza y nosotros estamos cogidos entre la lealtad al aliado y la denuncia de sus métodos, nada respetuosos con los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

El resultado del apoyo ciego de Estados Unidos a Israel, la permisividad ante la agresión constante al pueblo palestino, la victoria pírrica sobre los talibanes afganos a costa del apoyo de la dictadura pakistaní, la guerra civil en Irak tras el derrocamiento del tirano con una guerra relámpago que dejó al descubierto que se había declarado sin motivo, o por lo menos sin los motivos alegados, han convencido a millones de musulmanes de que Occidente es su enemigo y creado el caldo de cultivo necesario para el arraigo de posiciones extremistas que recurren al terrorismo como herramienta política.

Los europeos hemos creído que fuera de nuestro ámbito se distingue entre Estados Unidos y la Unión Europea. Todos somos Occidente, sí, pero ellos son malos y nosotros buenos, ellos son imperialistas y nosotros no, ellos creen en la supremacía de la fuerza y nosotros en la de la razón. Sólo hay que visitar los sitios web de algunas organizaciones ni siquiera extremistas o leer los comunicados de algún grupo terrorista, e incluso leer a alguno de los más reputados pensadores contemporáneos no occidentales para ver que esa sutil distinción entre los americanos y nosotros no existe. Occidente somos todos ... y punto.

Pero aunque otros no lo crean, la realidad es que hay diferencias entre los conceptos de Paz, Seguridad y Defensa según se enuncien desde Estados Unidos o desde la Unión Europea. Una primera diferencia esencial: para Estados Unidos el uso de la fuerza está justificado en cualquier lugar en que sus intereses o valores estén en peligro y se reserva el derecho a actuar, diga lo que diga el Derecho Internacional o la Carta de las Naciones Unidas. Esa es una creencia generalizada en el pueblo norteamericano, que por eso cierra filas con sus representantes políticos cuando éstos los llevan a la guerra, siempre que se les haya hecho ver que esa guerra es necesaria para mantener a los problemas fuera de sus fronteras. Se trata de una posición egoísta, muy en sintonía con una constante de la política interior de los Estados Unidos, el aislacionismo: si hay amenaza, cerramos la casa y peleamos fuera, manteniendo nuestro modo de vida a salvo de los desastres de la guerra.

Los europeos, que debemos nuestra prosperidad actual al desarrollo de la convicción de que cuantos más lazos nos unan unos a otros más difícil será que se repitan las guerras que desde hace siglos han destrozado al Viejo Continente, somos firmes partidarios del cumplimiento de las reglas del juego internacional, enunciadas en la Carta de las Naciones Unidas y reguladas por el Derecho Internacional. Por primera vez en milenios no hay guerra en nuestro suelo y queremos que siga así. Incluso deseamos que sea así en todo el mundo y estamos dispuestos a ayudar por vía de la cooperación cultural y económica. A diferencia de los Estados Unidos, confiamos en la diplomacia más que en el uso de la fuerza.

La cuestión estriba en calibrar qué necesitamos para ello y en cómo hacer que nuestra opinión pública participe en la formulación de mecanismos aceptables para nuestras culturas políticas y sociales. En realidad, estamos pensando en ello, acuciados por la necesidad, ya que las acciones terroristas en nuestro territorio han abierto un debate al que hay que estar atentos porque de él surgirán probablemente las ideas que en su día conformen las estrategias de comunicación necesarias para la difusión de nuestros nuevos conceptos de Paz, Seguridad y Defensa.

En ese debate se distinguen varias voces: los que creen que hay terrorismo porque hemos dado motivo para ello, los que creen que si todo mal viene de fuera hay que cerrar las puertas, los que piden devolver los golpes recibidos, los partidarios de incrementar el diálogo y la cooperación para reducir o eliminar las causas últimas de la desesperación que hace fácil la aceptación de los argumentos del terror, los aislacionistas, los nostálgicos del imperialismo y los partidarios de la actuación preventiva. Por fortuna, tienen en común que comprenden que su solución no es la única.

Gobiernos de colores diversos, el Parlamento Europeo y la Comisión también están dejando caer ideas para tantear el terreno antes de proponer cambios. Entre los síntomas podríamos citar la creación a medio plazo de un Ministerio europeo de Relaciones Exteriores, la resurrección de la idea de un auténtico Ejército europeo, la puesta en marcha de programas de armamento que permitirían actuar fuera de Europa y la coordinación de las Policías por un organismo supranacional. Los primeros pasos nos indican que, se haga lo que se haga, el esfuerzo va a ser costoso y no sólo en términos económicos. Una parte del sueño europeo está ya muy erosionada, porque vivimos con un compañero que antes no conocíamos: el miedo, cuya aparición es en sí misma una victoria de los partidarios del terrorismo como vía de actuación política.

El miedo puede ayudar a desarrollar estrategias de comunicación en materia de Paz, Seguridad y Defensa, pero también a distorsionarlas. De ahí, probablemente, la cautela en la formulación de propuestas concretas, que ya que aprecian signos de la puesta en circulación de nuevas ideas. Algunos medios europeos de referencia han coincidido en las últimas semanas, en pleno verano, en poner sobre la mesa lo que en definitiva es la esencia misma del problema: ¿qué Europa queremos y qué papel deseamos que juegue en el mundo?. Si no queremos un mundo unipolar, ¿estamos dispuestos a convertirnos en alternativa a los Estados Unidos?. ¿Queremos seguir siendo su aliado o no?. ¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar en el cultivo de nuestras diferencias y no de nuestras coincidencias con Washington?. Finalmente, ¿queremos y/o podemos ser una potencia mundial, con intereses que defender en todo el planeta?.

A diferencia de en otros lugares del mundo, aquí el debate público es esencial para la formulación de estrategias y el desarrollo de políticas, ya que los medios informativos forman parte de esa sociedad civil sin la que es imposible actuar en democracia. Parlamentarios y dirigentes harán bien en escuchar lo que dicen y en analizar cómo reacciona la ciudadanía, para así actuar en sintonía con el sentir mayoritario. Para eso, desde luego, hay que poner en circulación ideas e iniciativas que ayuden a la formación de una opinión pública respetuosa con los valores cívicos y políticos que conforman nuestra sociedad multicultural occidental. Es responsabilidad de los medios informativos, y también de la clase política y los líderes de opinión, evitar la formación de una opinión pública hostil a nuestros éxitos como sociedad y que suspire por nuestros errores y horrores del pasado, como la xenofobia, el racismo o la sumisión de los derechos de las personas a la consecución de objetivos supuestamente superiores.

Personalmente creo que para hablar de Paz, Seguridad y Defensa aquí y ahora, a la búsqueda de una estrategia de comunicación que nos permita encontrar una fórmula europea para estos conceptos, habría que comenzar por redefinirlos a la luz de acontecimientos que nos han hecho ver que tenemos enemigos, que nos amenazan y que cumplen esas amenazas siempre que pueden. En nombre de la tolerancia y del diálogo sin fin no podemos ignorar por más tiempo una realidad que nos obliga a reaccionar como Unión Europea, es decir como una entidad política que encarna unos principios y valores que queremos y debemos defender. Lo primero sería, por tanto, rescatar y poner en valor esos principios, defender el sistema de vida europeo. Habría que explicar luego qué recursos hay que poner en juego para que eso sea posible y los riesgos que implica esa firmeza ante quienes han visto que somos capaces de ceder si se nos amenaza. Más adelante tendremos que recuperar la idea de que la Defensa y la Seguridad son cosa de todos y no actividades vergonzantes de una sociedad pacífica y progresista, dos adjetivos que no implican la renuncia al uso de la fuerza, sino a su regulación y dosificación de acuerdo a criterios aceptados por la ciudadanía y reflejados en el ordenamiento jurídico. Llegados a este punto ya sabríamos a qué llamar Paz, seguramente una situación de tranquilidad vigilante, alerta a las amenazas y con recursos para conjurarlas por la vía de la disuasión. No creo posible, a estas alturas, la dicotomía entre el “soft power”, el de la comunicación y la cultura, y el “hard power”, el de las armas, sino en el encuentro del punto de equilibrio que nos permita disfrutar de las ventajas y no de los inconvenientes de ambas propuestas de acción política internacional.